

Eduardo Loría

Editorial

Ciencia Ergo Sum, vol. 9, núm. 3, noviembre, 2002

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10490301>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



EDITORIAL

Cuando se habla de educación y ciencia es muy recurrente que de inmediato se considere al gasto público que para ello se asigna como un indicador directo de su calidad e impacto. De ahí que se demande un incremento del presupuesto federal destinado a estas actividades en cantidades cercanas al 8% del producto.

Con frecuencia se considera que mientras el gobierno federal no destine esta proporción será imposible generar las condiciones de desarrollo o por lo menos mejorar las actividades científicas y educativas que actualmente se realizan. Ello es loable, pero discutible.

La evidencia empírica ha mostrado que el solo hecho de destinar mayores recursos sin alterar estructuras administrativas y mentales, no siempre implica que las empresas o instituciones aumenten proporcionalmente su productividad o la calidad de los bienes y servicios que ofrecen.

Es bien sabido y reconocido el rezago presupuestal que en ciencia y tecnología existe en México respecto a los países de la OCDE, lo cual haría pensar que nuestro país tiene una gran desventaja en cuanto al crecimiento del capital humano necesario para generar riqueza; sin embargo, si revisamos datos del gasto público en educación como porcentaje del PIB de países de igual o mayor desarrollo que México encontramos cosas interesantes: mientras México destina 4.9% del PIB a gastos en educación, España lo hace en la misma proporción, Francia en 6.1%, Portugal y Reino Unido en 5.3%, los Países Bajos en 5.2%, Noruega y Suecia 8.1%, que son países que más destinan a este concepto. Para el caso de Latinoamérica, Argentina, Brasil y Chile, destinan 3.3%, 5.1% y 3.1%, respectivamente (Unesco (2002). *World Education Indicators*). Los datos son claros, aunque México en esta variable se encuentra a niveles de algunos países desarrollados, la calidad de la educación global no es comparable.

En ese sentido, es necesario reflexionar acerca de la eficiencia que tiene el destinar más recursos a la educación, la investigación y el desarrollo, bajo la estructura actual.

Desde el punto de vista de la teoría económica, la creación de capital humano (definida como el incremento en la calidad de la fuerza de trabajo como resultado de un mayor nivel educativo, capacitación y de otros factores que intervienen en el aumento de la productividad), la investigación y el desarrollo son clave para sostener el crecimiento a largo plazo. De acuerdo con la teoría del crecimiento endógeno, una parte de la tasa de crecimiento de los países no es explicada sólo por el aumento de capital y trabajo; a decir de Robert Solow (premio Nobel de economía 1987), una parte importante del crecimiento económico se debe al crecimiento de la productividad, que a su vez es producto de mayores niveles de educación y capacitación de las sociedades.

Bajo este esquema, invertir en educación, pero también el hecho de que el presupuesto actual se ejerza con mayor eficiencia, es de gran importancia para mejorar las actividades científicas y productivas y, por tanto, para generar crecimiento económico.

Dada la fuerte restricción presupuestaria que México padece actualmente y por desgracia seguirá teniendo en los años próximos, quizá la única alternativa es optimizar los recursos disponibles a fin de maximizar la formación del capital humano.

Eduardo Loría
Editor